

José Manuel Martín Morán

Don Quijote y las tecnologías del yo

Resumen: Tomando como punto de partida el concepto de «incitación» aplicado por Américo Castro a muchos de los personajes del *Quijote*, en este trabajo trataré de comprender los mecanismos de esa incitación y de describir los procesos de construcción del yo de don Quijote, usando el instrumento de análisis propuesto por Foucault en su ensayo sobre las tecnologías del yo.

Palabras clave: Personajes incitados, construcción del sujeto, individualismo moderno, proceso de psicologización de la novela moderna

Don Quijote es un personaje incitado, decía Américo Castro;¹ su voluntad de ser nace de una motivación externa a él que lo compele a la acción. No es el único personaje incitado en la obra de Cervantes; Castro descubre todo un grupo de ellos y los describe así:

Retraído del abstracto moralizar del cultivo del tema religioso o del divertido juego de las fantasías tradicionales, Cervantes optó por sumirse en la concreta intimidad de unas gentes a quienes apremiaba el curioso fenómeno de realizar acciones de muy distinta índole (nobles, nefandas, imaginarias, bellas, feas, ridículas, grandiosas o demenciales) como un resultado de la expansión de sus propias vidas –unas vidas no fundadas en una «naturaleza» previamente dada, ni construidas dentro de sí mismas, sin entrelace con el abierto mundo, y como un desarrollo hermético de la reflexión sobre su propia conciencia. [...] La vida de los personajes mayores creados por Cervantes sería como el foco en donde se refractan una incitación venida de fuera y las acciones provocadas por aquella incitación.²

Pone el dedo, don Américo, en la llaga de la vivencia, o sea, en el hecho de que a Cervantes lo que le interesa no es la comprobación por vía práctica de la validez de un principio moral preexistente, sino la refracción en unas vidas contadas en su devenir de los efectos de una incitación y de las acciones provocadas por ellas.

Tal sería el caso de, por ejemplo, la rica labradora Dorotea, la cual, seducida y abandonada por el noble Fernando, decide reclamar lo que en su fuero interno considera justo –la reparación de su honor y la obtención del amor de

¹ Américo Castro, «La estructura del *Quijote*», en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 241–265; «Cervantes y el *Quijote* a nueva luz», en *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid/Barcelona, Alfaguara, 1966, pp. 1–183.

² Américo Castro, «La estructura del *Quijote*», pp. 242–243.

su seductor–; para ello, abandona su hogar y su cómoda posición de doncella rica en edad casadera, se disfraza de hombre y se lanza a los caminos procelosos en busca del amado. Dorotea ha puesto en juego su identidad, movida por la incitación externa, porque necesita completar su personalidad y su persona –entendida como la proyección social del ser– con la nueva posición social y el amor que le habían sido prometidos. Con el mismo patrón de acciones y pensamientos persiguen su realización plena Marcela y Sansón Carrasco,³ Cardenio, Ricote, Ana Félix, Roque Guinard⁴ y hasta la aburrída hija de Diego de la Llana, que se viste de hombre para conocer la Barataria *by night* de Sancho Panza. Esta construcción del personaje movido por su impulso interior, contracorriente, en busca de una identidad completa, es considerada por Castro tan propia de los personajes cervantinos que llega a acuñar la expresión «vivir cervantina-mente», que «consistiría en dejarse labrar el alma por las saetas de todas las incitaciones».⁵

Alonso Quijano, por su parte, siente la llamada a la acción, en el momento en que la prosa de Feliciano da Silva le sorbe el seso (I, 1);⁶ se deja invadir por unos valores y un ideal de vida diversos, si no opuestos, a los que hasta entonces lo guiaban, y se construye una ética, unas normas de comportamiento para casos específicos, que transformarán su identidad en la de un caballero andante.⁷ Aún sin sellar bajo el nombre de don Quijote, su nueva personalidad empieza a diseminarse en su entorno, reclamando indirectamente una de sus bases constitutivas: la de ser una identidad dialéctica, necesitada de la respuesta del otro para obtener su realización plena. Sin el rocín transformado

3 Américo Castro, «La estructura del *Quijote*», p. 246.

4 Américo Castro, «Cervantes y el *Quijote* a nueva luz», pp. 80–81.

5 Américo Castro, «La estructura del *Quijote*», p. 252.

6 He utilizado la edición online del *Quijote* del Instituto Cervantes: Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico (dir.), s.l., Instituto Cervantes, 1998 (en línea) [fecha de consulta: 16-12-2016] <<http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote>>.

7 La victoria sobre sí mismo, que apreciamos en esta cancelación de la existencia muelle de Alonso Quijano y en los momentos en que el hidalgo se muestra «paciente y sufridor», da pie a José Antonio Maravall (*El humanismo de las armas en «Don Quijote»*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, pp. 134–135) para relacionar su actitud con la doctrina estoica. En la misma idea había incidido Manuel de Montoliú, *Tríptico del «Quijote»*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1947, pp. 179–244. Recientemente Daniel Lorca (*Neo-Stoicism and Skepticism in Part One of «Don Quijote»: Removing the Authority of a Genre*, Lanham/Boulder/New York/London, Lexington Books, 2016, pp. 56 y ss.) ha discutido que la voluntad de ser de don Quijote, sobre la que se basa la victoria de sí, pueda relacionarse con el estoicismo, precisamente porque ese ceder al deseo sería ajeno a dicha doctrina.

en alígero corcel, la campesina en excelsa dama o el rústico patán en escudero de pro, su nuevo ser no valdría nada; o mejor, tendría el valor intrínseco de la voluntad, pero para poder dirigirse al mundo no se puede quedar en eso; necesita el sostén de los adminículos de la identidad de caballero que ha elegido para sí: la montura, la princesa y el escudero. No son componentes de su personalidad; son apoyaturas de confirmación de su existencia en el mundo en cuanto caballero andante.

A su lado, por los caminos manchegos, irá siempre el triple báculo de su yo, proclamando a los cuatro vientos su voluntad de entrar en diálogo con el otro, para obligarlo a cambiar. Quiere esto decir que su conciencia se irá haciendo constantemente en la petición de confirmación de los avatares de su identidad a los objetos adherentes a ella (la armadura y las armas), a la imagen de su amada y a la presencia de su escudero; pero solo en la medida en que ese diálogo continuo consiga reactivar la estrategia reflexiva, de movilización de la enciclopedia caballeresca de motivos narrativos y de la ética que de ellos se deriva, como una retroalimentación permanente de su querer ser. A la proyección hacia la acción en el mundo, a la búsqueda de transitividad, le seguirá puntualmente, en cada episodio, la retrospección hacia las bases de su ser, en busca de legitimidad para ella por la vía de la reflexividad. La proyección hacia el futuro, hacia el glorioso momento de la publicación de su crónica o el de los desposorios con la princesa –el precipitado de la enciclopedia caballeresca de marras–, estará tirando constantemente del caballero del presente hacia un porvenir róseo, cree él. Por su parte, la retrospección hacia la enciclopedia caballeresca en el diálogo con Sancho le proporcionará, de vez en cuando, los medios para reestructurar su mundo tras el fallido intercambio con el mundo otro.

El movimiento de vaivén entre el sueño futuro y el saber pasado se proyecta sobre el presente, haciendo avanzar un paso más en su camino al caballero. La construcción de su yo no depende, pues, exclusivamente de su reacción puntual a los estímulos del mundo, no se elabora en el filo de un presente suspendido entre la personalidad ya fijada y la identidad por fijar, sino que se empasta con la complicada levadura de una imagen de acarreo y otra de deseo. Don Quijote es simultáneamente lo que él cree que es, porque eso ha querido ser, y lo que cree que llegará a ser. En la segunda parte, a esa masa compuesta se añadirá aún una nueva bacteria, la del ser lo que los demás creen que es y que se corresponde, por lo general, con su imagen deducida de la lectura del libro de 1605.

Tras este complejo mecanismo de interacciones entre el yo de don Quijote y el mundo se despliegan algunas estrategias propias de lo que Michel Foucault denomina «tecnologías del yo», o sea, aquellas que

[...] permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad.⁸

Las tecnologías del yo, entre las cuatro de la razón práctica (a saber: tecnologías de producción, de sistemas de signos, de poder y del yo), gozaron de dos momentos de extraordinario desarrollo; el primero con la filosofía grecorromana de los dos primeros siglos a. C. del bajo Imperio romano y el segundo con la espiritualidad cristiana del cuarto y quinto siglos del final del alto Imperio romano.

El instrumento de análisis que nos propone Foucault en su ensayo sobre las tecnologías del yo puede resultar útil para comprender los mecanismos de la incitación y describir los procesos de construcción del yo de don Quijote; es lo que me dispongo a hacer en las páginas que siguen.

1 Don Quijote el olvidadizo

Hay un momento en que don Quijote parece haber cancelado completamente a Dulcinea de sus planes de futuro. Después de la conquista del yelmo de Mambrino (I, 21), don Quijote le presenta a Sancho una síntesis de la carrera caballerisca que, como no podía ser de otro modo, culmina con los desposorios con la hija del rey, enamorada de él en el consabido encuentro nocturno. Se trata de un tópico de los libros de caballerías que en su caso parece un tanto fuera de lugar, pues sus pensamientos y su corazón ya están ocupados por la sin par Dulcinea del Toboso. ¿Cómo es posible que la olvide en cuanto da rienda suelta a su imaginación? Desde luego, viéndolo actuar en pro del honor de su dama ante los mercaderes de Toledo (I, 4), Maritornes (I, 16), los galeotes de la cadena (I, 22) y otras situaciones análogas, nadie hubiera imaginado que pudiera ser tan olvidadizo. A decir verdad, el proyecto caballeresco no parece expresar sus sentimientos más recónditos, sino los que le impone el guion que está recitando; esos sentimientos son, en definitiva, el fruto de un ejercicio de construcción de la identidad que junta dos técnicas diferentes, lo que podría haber causado el cortocircuito.

Me explico mejor: en este proyecto de vida, don Quijote en realidad recuerda y ordena los tópicos de los libros de caballerías con la finalidad de destilar su esencia de caballero andante del itinerario aventurero de sus héroes; la

⁸ Michel Foucault, «*Tecnologías del yo*» y otros textos afines, Barcelona, Paidós Ibérica, 1990, p. 48.

contemplación del modelo le ayuda a conocerse a sí mismo. Foucault habla de la técnica usada por los filósofos griegos con finalidades pedagógicas para que el alma aprenda a conocerse a sí misma –concretamente su comentario se refiere a un paso del *Alcibíades* de Platón–; dice Foucault que, según Platón, el alma solo llegará a tener una idea de sí, si se contempla en un elemento similar, como en un espejo; por eso debe mirarse en la divinidad, que es la esencia de la que desciende.⁹ Del mismo modo, don Quijote, buscando la exaltación de su esencia aventurera –debe placar la inquietud de Sancho sobre el porvenir que les espera–, se mira en el espejo en que la misma se encierra: el dechado de los libros de caballerías.

La tecnología del espejo parece producir buenos resultados, pues el caballero y su escudero vuelven a encontrar la armonía, en un crescendo de entusiasmo que otorga a Sancho una dama de la princesa en esposa –olvidándose también él de su mujer–, un condado y, ya en el ápice del arrebató, un barbero privado que le rape su cerrada barba todos los días del año. En la escena, en realidad, asistimos a la aplicación de otra tecnología del sujeto: la que Foucault denomina *melete* y define así: «imaginar la articulación de posibles acontecimientos para examinar cómo reaccionaría uno».¹⁰ Es una de las dos formas de la *askesis*, o sea, los «ejercicios en los cuales el sujeto se pone a sí mismo en una situación en la que puede verificar si es capaz de afrontar acontecimientos y utilizar los discursos de los que dispone».¹¹ Efectivamente, don Quijote primero imagina la carrera típica de cualquier andante que se precie y luego, a requerimiento de su escudero, que ha estado leyendo entre líneas su propio futuro, se sustituye a sí mismo como protagonista de tan exitoso periplo vital, envuelto en el vórtice de acontecimientos, en una especie de gimnasia actitudinal que lo mantiene entrenado para lo que pudiera venir, aunque lo haga a expensas de la fidelidad que debe a su amada. ¿Cuál podría ser la explicación para tal falta de decoro? Las dos técnicas cruzadas, por un lado la técnica del espejo que debería permitirle a don Quijote elaborar una *techné*, unos conocimientos y unas aptitudes para el cuidado de sí, para la construcción de su identidad, y por el otro la *melete*, o sea, la elaboración de una ética, unas normas de conducta para determinadas situaciones que el sujeto se representa anticipadamente, las dos técnicas –decía– han producido un cortocircuito que ha transportado a nuestros dos personajes lejos de su sendero original. La retrospectión hacia sus modelos caballerescos lo vincularía a la tobosina,

⁹ Michel Foucault, «*Tecnologías del yo*» y otros textos afines, p. 59.

¹⁰ Michel Foucault, «*Tecnologías del yo*» y otros textos afines, p. 74.

¹¹ Michel Foucault, «*Tecnologías del yo*» y otros textos afines, p. 74.

como uno más de los rasgos de su perfil especular, pero la prospección en el futuro de su currículo vital libera su imaginación y esta lo coloca siempre en el grado máximo de lo deseable; allí, desgraciadamente, no encuentra a Dulcinea.

2 Imitación o tecnología del espejo en el *Quijote*

En este episodio hemos visto dos técnicas del yo que podemos encontrar en varios otros episodios de la primera parte del *Quijote*. La más frecuente, qué duda cabe, es la tecnología del espejo; a veces no se deja inspirar por modelos concretos, como en el caso de la penitencia de la Sierra hecha a imitación de Amadís (I, 26), sino por el patrón genérico de las caballerías, que usará para presentarse ante los cabreros del discurso de la Edad de Oro (I, 11) o ante el Vivaldo de las exequias de Grisóstomo (I, 13); para emprender la acción o amenazar con ello, como en la defensa de Marcela ante sus perseguidores (I, 14) o la acometida al endriago que ocultan los batanes (I, 20); para instruir a su escudero sobre las ventajas de la caballería andante que a todos iguala, al menos en la mesa (I, 11), o sobre la primacía de los caballeros sobre los escuderos en la aventura de los batanes (I, 20); para desechar o aprobar propuestas de Sancho, como la de acogerse a sagrado tras la victoria sobre el vizcaíno (I, 9) o la de echarse al monte después de haber liberado a los galeotes (I, 23).

En cambio, en el *Quijote* de 1615, la tecnología del espejo no suele aparecer como motivador de la acción, antes de las aventuras, ni tampoco con las otras funciones reseñadas para la primera parte. Evidentemente el narrador de la segunda parte juzga que la identidad de don Quijote está ya suficientemente afianzada en los modelos caballerescos como para seguir insistiendo en la idea. Bien es verdad que el caballero usará aún el espejo de los escuderos como argumento determinante en una ocasión muy especial, cuando, aún en casa, se vea obligado a negociar con Sancho las condiciones económicas de su servicio, contraponiendo a sus pretensiones salariales el ejemplo de los muchos escuderos pagados a merced (II, 7). La superación de la tecnología del espejo en esta segunda parte como estrategia de construcción del sujeto queda certificada en la autopresentación de don Quijote al atónito Caballero del Verde Gabán; el hidalgo loco se figura los motivos de la perplejidad de don Diego y le revela que es uno de los caballeros andantes de que están llenos los libros (y aquí aún recurre a la estrategia de la primera parte), pero enseguida declara con orgullo su verdadera identidad: él es el protagonista del libro de 1605. Esta será su estrategia identitaria en casi toda la segunda parte: el desvelamiento del núcleo mismo de su esencia, con el uso de

la tecnología antecedente a la confesión cristiana que Foucault identifica con la *exomologesis* estoica.¹²

3 La *melete* en el *Quijote*

La otra tecnología del yo que hemos visto en el episodio del olvido de Dulcinea, la que Foucault identifica como *melete*, o sea, imaginarse una serie de acciones futuras preparándose a afrontarlas, es relativamente habitual en la primera parte. Vuelve a aparecer muy brevemente en la mención del bálsamo de Fierabrás, cuando don Quijote pide a Sancho Panza que, si por casualidad quedara cortado en dos por algún follón desaforado, para devolverle la integridad y la vida, él solo tendría que volver a pegar las dos partes con una pequeña porción de aquel pegamento increíble (I, 10); tras la derrota con los yangüeses, al darle licencia de que meta mano a su espada para casos análogos en el futuro (I, 15); cuando se propone protegerse contra los encantamientos conquistando una tizona con los poderes de la Ardiente Espada de Amadís (I, 18); cuando se enfada con Sancho por su falta de respeto a Dulcinea, y ya se imagina a sí mismo rey y a Sancho marqués, por el valor de su dama, la cual toma su brazo «por instrumento de sus hazañas» (I, 30); o cuando se imagina emperador de Micomicón, otorgando a Sancho un condado (I, 50).

En la segunda parte esta tecnología, así entendida, es decir, en su versión activa, es escasa: la encontramos solo en el episodio del barco encantado (II, 29); con función pedagógica en los consejos de don Quijote a Sancho, antes de su partida para la ínsula Barataria (II, 42–3); y como proyecto de vida pastoril durante el año de abstinencia obligada de las aventuras (II, 73). Es, por el contrario, muy abundante en su versión pasiva, o sea, cuando son los demás personajes los que proponen a don Quijote una serie de acciones en secuencia como proyecto caballeresco; comienza Sancho con la presentación de la supuesta princesa Dulcinea y sus damas (II, 10), sigue Sansón Carrasco convertido en Caballero del Bosque (II, 12–16) y Caballero de la Blanca Luna (II, 64), y luego los duques con el

¹² Michel Foucault, «Tecnologías del yo» y otros textos afines, pp. 84–89. Américo Castro identifica en la moral de Cervantes ciertos rasgos estoicos (*El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Hernando, 1925, p. 347) que luego entran a formar parte del carácter de sus personajes (p. 387); en «La estructura del *Quijote*» (pp. 240–241), subraya el influjo del neoestoicismo renacentista en el carácter de don Quijote. Matiza ulteriormente las ideas de Castro Luis Rosales, *Cervantes y la libertad*, Madrid, Gráficas Valera, 1960, pp. 436–460.

gobierno de la ínsula a Sancho (II, 31), el programa de acciones para desencantar a Dulcinea (II, 34), la farsa de la Trifaldi (II, 38–39) y Clavileño (II, 40–41).

Un ejemplo de *melete* pasiva ya aparecía, no está de más recordarlo ahora, en la mitad de la primera parte en el episodio de Micomicona (I, 29). El caso es que el uso que se hace de la *melete* en el *Quijote* de 1605 no va más allá de la simple ensoñación del caballero, mientras que en la segunda se perfila como un programa de acciones específico que llega incluso a ser actualizado en la mayor parte de los casos. Es decir, en la primera parte, la *melete* sirve para añadir matices a la personalidad del caballero chiflado, mientras que en la segunda sirve para montar nuevos episodios. En la primera parte, es una tecnología más de construcción del yo de don Quijote; en la segunda, se convierte en el motor principal de las acciones del caballero, prisionero en muchos casos de su propia fama y de las fabulaciones ajenas.

4 El mozo motilón. Un ejemplo de *exomologesis* estoica

En Sierra Morena, don Quijote desvela a Sancho la identidad real de Dulcinea: es la hija de Lorenzo Corchuelo (I, 25). La aparición mística de la labradora princesa del Toboso tiene sobre Sancho los efectos de una epifanía grotesca que él se encarga de trasladar a su amo con el recuerdo de las dotes más eminentes de la moza: el vozarrón, la fuerza de gañán curtido y el pelo en el pecho (si es que su evocación «es moza [...] de pelo en el pecho» va más allá de la simple metáfora). Forzado por el anclaje de su ideal a los indiscutibles datos de realidad, don Quijote argumenta en defensa de su elección con el ejemplo de la pragmática viuda amante del mozo motilón y concluye: «Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra» (I, 25). La insistencia de Sancho Panza lo ha obligado a colocarse en una zona de mayor cordura, a excavar por debajo de la superficie enajenada del yo y sacar a la luz algunos restos de la lúcida campechanía de Alonso Quijano. No condice con la identidad de don Quijote esa conciencia de la transustanciación, pero no desdice de la de Alonso Quijano; se viene a crear, así, un conflicto entre la identidad obliterada del hidalgo y la manifiesta del caballero que algunos cervantistas han resuelto sugiriendo que don Quijote finge, o que juega.¹³ A mí no me parece

¹³ Mark Van Doren, *La profesión de don Quijote*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973; Gonzalo Torrente Ballester, *El «Quijote» como juego*, Guadarrama, Madrid, 1975.

necesario extender la actitud del personaje en este episodio a todos los demás y hacer de ella un atributo de su personalidad; creo que lo que sucede aquí es que Cervantes ha usado una tecnología de construcción del sujeto que ha terminado por sacarlo temporalmente de sus límites de acción y pensamiento. La técnica en cuestión es la ya citada *exomologesis* estoica, estudiada por Foucault, o sea, el descubrimiento de sí, de la verdad acerca de sí, a la que el cristianismo dotará de dimensión pública en lo que después será la confesión y en el siglo IV se llamará *publicatio sui*.¹⁴

5 Sancho el memorioso. Un tipo con capacidad de *exagouresis*

Asimilable a la estrategia de la *exomologesis* es la de la continua verbalización de la experiencia pasada por parte de don Quijote y Sancho; la identidad de cada uno se modifica así en relación al otro, introduciendo, por lo general, algunas claves de separación y mayor autonomía. Esa continua verbalización de los sucesos se parece mucho al examen de sí senequista, recuperado por la tradición monástica cristiana con la *exagouresis*, o análisis de los hechos del día y de los pensamientos del discípulo con su maestro.¹⁵

Un momento crucial para la identidad de don Quijote es el del final de la aventura, cuando tiene que explicar la incongruencia del resultado de su acción con los móviles que la causan, con un ejercicio de *exagouresis* o examen de conciencia de lo vivido. La reflexión del caballero para recomponer su identidad tambaleante después de una sonora derrota suele achacar a los encantadores la responsabilidad del desperfecto en la segunda salida –ya lo había visto así Auerbach,¹⁶ pero no en la tercera. En la tercera salida, en efecto, la identidad de don Quijote no suele precisar de componendas finales, porque, al no ver erróneamente la realidad, el conflicto no se basa en la confrontación de dos interpretaciones del mundo (¿son molinos o son gigantes quienes derrotan al caballero?), sino en la de la verdadera esencia de don Quijote: ¿glorioso protagonista o paródico caballero andante de 1605?¹⁷ La técnica de reconstrucción de su identidad en los momentos de fracaso de la tercera salida será la de desconocer la aventura con la

14 Michel Foucault, «Tecnologías del yo» y otros textos afines, pp. 84–86.

15 Michel Foucault, «Tecnologías del yo» y otros textos afines, pp. 86–89 y 93.

16 Erich Auerbach, *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, vol. 2, p. 93.

17 Gonzalo Torrente Ballester, *El «Quijote» como juego*, p. 160.

clásica fórmula caballerescas «para mí no estaba guardada», que don Quijote usa tras el ruinoso final del episodio del barco encantado (II, 29) y en varias otras ocasiones; o, como variante de ella, unas consideraciones llenas de ese desencanto y melancolía que terminarán por llevarlo a la tumba,¹⁸ como esta ante la playa de su derrota: «¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!» (II, 66).

Su trayecto por el mundo tiene mucho de pedagogía ética, aunque no sea más que un proyecto *in fieri*, que se va haciendo según las circunstancias y se va amoldando, también en sus contornos éticos, a las situaciones del presente. No hay, pues, una identidad granítica dada desde su primera andanza por el campo de Montiel hasta la derrota en la playa de Barcelona; la modificación en su ser hay que achacarla no al crecimiento en cuanto personaje, a la asimilación en su persona de las nuevas cualidades fruto de su experiencia en el mundo, sino a la aplicación en cada momento de diferentes tecnologías del yo, con modalidades diferentes según la parte del texto en que nos encontremos.

6 Tecnologías del yo en las tres salidas de don Quijote

En su constitución como sujeto, don Quijote apela al ejemplo de los modelos caballerescos –tecnología del espejo– para modificar su identidad y la de quienes le resultan imprescindibles para su proyecto: Rocinante y Dulcinea. Los modelos no le sirven, en la primera salida, ni para presentarse a los demás, ni tampoco para lanzar muchas de sus acciones, como en cambio sucederá a menudo en la segunda y de nuevo no volverá a suceder en la tercera. Le sirven, en cambio, para restaurar los desperfectos causados en el proyecto mismo o en el mundo por su acción. Y así, cuando se encuentre en el suelo, vergonzosamente apaleado por los mercaderes de Toledo (I, 4), para no tener que asimilar la derrota en su rutilante mundo aventurero, la ocultará tras el afán imitativo, recitando versos de romances que hacen referencia a tragos similares que sus admirados caballeros tuvieron que pasar. Es esta la única derrota de la primera salida, por lo que no podemos extrapolar un método de reconstrucción de su identidad caballerescas a

¹⁸ Augustin Redondo, «La melancolía y el Quijote de 1605», en *Otra manera de leer el «Quijote»*. Historia, tradiciones culturales y literatura, Madrid, Castalia, 1997, pp. 121–146.

partir de este único ejemplo; desde luego parece una peculiaridad de la primera versión del caballero, pues en la segunda y tercera salidas no recurrirá a la tecnología del espejo para reconstruir su mundo, tras una derrota.

La *exomologesis*, o revelación de sí, que hemos apreciado en el encuentro de don Quijote con don Diego de Miranda (II, 16), resulta especialmente abundante en la tercera salida, como expresión del orgullo de ser el protagonista del libro de 1605. Cada vez que el caballero encuentre a uno de los lectores de la primera parte, se producirá una forma de desvelamiento de su verdadera identidad que lleva aparejada, como no, una forma de homenaje; se lo tributan los duques (II, 30), don Juan y don Jerónimo (II, 59), Roque Guinart (II, 60), Antonio Moreno (II, 61) y, sobre todo, las zagalas de la fingida Arcadia (II, 58).

En la segunda salida, don Quijote se presenta, lo hemos visto, como imitador de los caballeros andantes, con la técnica del espejo. Esta se inscribe entre las técnicas del «cuidado de sí», del que habla Foucault como fundamento de la actitud hacia el aumento y la conservación de los bienes materiales y espirituales del sujeto, por contraposición al «conocerse a sí mismo», más centrado en la revelación y manifestación de las propias dotes espirituales, entre cuyas tecnologías se cuenta la *exomologesis*.¹⁹ De modo que podemos caracterizar la primera y segunda salidas con la técnica del espejo y la preocupación por el «cuidado de sí»; y la tercera con la *exomologesis* y la preocupación por el «conocerse a sí mismo». Así comprendemos el motivo de la conversión de la *melete* activa en pasiva: lo exigía el paso del «cuidado de sí», propio de las dos primeras salidas, donde la voz activa cumple una función fundamental, al «conócete a ti mismo», característico de la tercera salida, declinado también como «revélate a ti mismo», en los muchos episodios de *melete* pasiva. Hay pues una correlación entre las técnicas de construcción del yo y la modificación del personaje de don Quijote, en la dirección de una progresiva psicologización de la identidad, con repetidos momentos de introspección y otros de reconocimiento de su identidad más íntima por parte de los otros.

7 El individualismo como clave de la modernidad

El querer ser como componente irrenunciable de la identidad individual es el elemento quijotesco que ha conseguido saltar la barrera de los siglos para proponerse como paradigma en tiempos distintos y distantes. El individualismo, una de las claves de la modernidad según Ian Watt, encuentra su máxima expresión,

¹⁹ Michel Foucault, «Tecnologías del yo» y otros textos afines, pp. 57 y ss.

aunque no la única, en esa formulación voluntarista del ser, que el crítico estadounidense, como no podía por menos, estudia con detenimiento en la novela cervantina.²⁰ La panoplia de las tecnologías del yo de Foucault nos ha permitido entender las varias declinaciones de ese querer ser en la base del individualismo y su evolución hacia una progresiva psicologización. Ong relacionaba el nacimiento de la novela moderna y la interiorización de la conciencia de los personajes.²¹ El paso de la primera parte del *Quijote* a la segunda, a la luz de las reflexiones anteriores, representa un hito importante en ese trayecto.

Obras citadas

- Auerbach, Erich, *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de cultura económica, 1996.
- Castro, Américo, «Cervantes y el *Quijote* a nueva luz», en *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid/Barcelona, Alfaguara, 1966, pp. 1–183.
- , «La estructura del *Quijote*», en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 241–265.
- , *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Hernando, 1925.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico (dir.), s.l., Instituto Cervantes, 1998 (en línea) [fecha de consulta: 16-12-2016] <<http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote>>.
- Foucault, Michel, «*Tecnologías del yo*» y otros textos afines, Barcelona, Paidós Ibérica, 1990.
- Lorca, Daniel, *Neo-Stoicism and Skepticism in Part One of «Don Quijote»: Removing the Authority of a Genre*, Lanham/Boulder/New York/London, Lexington Books, 2016.
- Maravall, José Antonio, *El humanismo de las armas en «Don Quijote»*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.
- Montoliú, Manuel de, *Tríptico del «Quijote»*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1947.
- Ong, Walter J., *Oralità e scrittura. Le tecnologie della parola*, Bologna, Il Mulino, 1982.
- Redondo, Augustin, «La melancolía y el *Quijote* de 1605», en *Otra manera de leer el «Quijote»*. *Historia, tradiciones culturales y literatura*, Madrid, Castalia, 1997, pp. 121–146.
- Rosales, Luis, *Cervantes y la libertad*, Madrid, Gráficas Valera, 1960.
- Torrente Ballester, Gonzalo, *El «Quijote» como juego*, Guadarrama, Madrid, 1975.
- Van Doren, Mark, *La profesión de Don Quijote*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Watt, Ian P., *Myths of Modern Individualism: Faust, Don Quixote, Don Juan, Robinson Crusoe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

²⁰ Ian P. Watt, «Don Quixote of La Mancha», en *Myths of Modern Individualism: Faust, Don Quixote, Don Juan, Robinson Crusoe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 48–89.

²¹ Walter J. Ong, *Oralità e scrittura. Le tecnologie della parola*, Bologna, Il Mulino, 1982, p. 213.